

J X 1305

L3

V.8

Es propiedad.



MADRID, 1877.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y Comp.^a
(SUCESORES DE RIVADENEYRA),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.

INTRODUCCION.

LA EDAD MEDIA Y LA REFORMA.

§. I. — ¿Qué es la reforma?

N.º 1. — *Elemento religioso.*

La reforma es una revolucion religiosa y política a la vez. Y ¿qué es una revolucion? En el siglo XIX es fácil responder á esta pregunta. Hemos visto una revolucion saludada al principio por todas las almas generosas del mundo civilizado, como una renovacion de la humanidad, como la realizacion en el órden social de las promesas que el cristianismo habia hecho en el órden religioso. Desde 1789 las revoluciones vienen sucediéndose como las tormentas en el verano. Estos movimientos no han sido todos igualmente afortunados; el último, amenazando las bases en que descansa la sociedad, ha llenado de espanto los ánimos. De aquí una reaccion ciega como la pasion contra esa misma revolucion francesa tan glorificada por los más moderados, y aún contra toda revolucion. Pero las reacciones no pueden hacer cambiar las leyes de la humanidad, y las revoluciones son una manifestacion de estas leyes.

Hay una ley que rige al género humano desde que Dios ha colocado al hombre sobre esta tierra; por mucho tiempo los pue-

blos la han obedecido instintivamente; hoy está admitida por la conciencia general. El cristianismo, al reemplazar á las religiones antiguas, fué el primero que pronunció la palabra progreso; cuando la Iglesia trató de inmovilizar la sociedad para sostener su dominación, la filosofía se apoderó de la idea; los perfeccionamientos maravillosos que tienen lugar en el orden material la han arraigado en los espíritus; en vano se trataría de destruirla; los que intentan esta locura no consiguen más que una cosa, y es probar que el dogma, en nombre del cual hablan, es incompatible con la civilización moderna. Cuando en el siglo XVI quiso la Iglesia inmovilizar la tierra en medio del espacio, el gran hombre á quien obligó á retractarse de la verdad, exclamó: «Y sin embargo, se muere.» En el siglo XIX la humanidad responde á la Iglesia: «Yo marchó y avanzo á despecho de vuestra doctrina, que pretende ser inmutable negando el progreso; abdicais la dirección de las sociedades humanas.»

Han sido necesarias largas luchas con la naturaleza ántes de que la ciencia llegase á realizar las admirables invenciones que han de cambiar bien pronto la faz de la tierra. En el orden moral el progreso encuentra una resistencia igualmente tenaz y mucho más difícil de vencer: los intereses y pasiones de los hombres. Solamente una acción secular puede variar un estado religioso y social que ha durado siglos. Si los que dirigen las sociedades comprendieran la necesidad de la inevitable revolución que incesantemente tiene lugar bajo la mano de Dios, no se opondrían á ella, sino que la ayudarían, y la humanidad marcharía hácia el término de sus destinos como una compañía de sabios; pero el simple enunciado de esta suposición hace ver que hay que abandonar á los utopistas la esperanza de un progreso regular y sin tropiezos. Hemos sido testigos de la ciega obstinación de las clases privilegiadas al rechazar las innovaciones de la revolución francesa: sin embargo, habían sido iniciadas en las nuevas ideas por la filosofía que había crecido, por decirlo así, bajo los auspicios de la nobleza. En el orden religioso, más aún que en el orden político, las instituciones existentes oponen al progreso una resistencia que no cede á ninguna persuasión, porque los que resisten creen que sostienen la causa de Dios. Todas las religiones se creen obra de

la Divinidad: ahora bien, ¿cómo admitir que los hombres puedan cambiar lo que Dios ha hecho? El cristianismo encontró acogida en los espíritus, oponiendo una revelación á otra revelación; sin embargo, á pesar de la autoridad del Hijo de Dios, no consiguió establecerse más que mediante una violenta revolución, la ruina del mundo antiguo y la invasión de los Bárbaros. El catolicismo á su vez quiso detener la marcha del género humano. Por espacio de siglos, la Iglesia rechazó las más modestas reclamaciones; cuando por fin estalló la Reforma ¿se vió ceder al Pontificado ante las justas exigencias de la cristiandad? Las horribles guerras de religión de los siglos XVI y XVII responden por nosotros.

¿Que son, pues, las revoluciones? Un progreso en la vida de la humanidad que tiene lugar de una manera violenta, porque las pasiones humanas se oponen á la transformación regular de las instituciones y de las creencias. De suerte que toda revolución es una innovación. Sin embargo, la Reforma tenía la pretensión de ser un regreso hácia el pasado, y bajo ciertos puntos de vista esto era cierto; pero esta apariencia del protestantismo no es más que un elemento pasajero de la revolución que se inicia en el siglo XVI, continúa en nuestros días y solamente terminará en lo porvenir. En su esencia la reforma es un progreso, y como va dirigida contra la Iglesia, es preciso decir que es un paso fuera del catolicismo; es decir, el primer paso fuera del cristianismo histórico.

La reforma es una revolución religiosa, pero no trata de introducir ninguna variación en la religión cristiana; acepta la revelación y los dogmas formulados por los concilios de los primeros siglos. Si su punto de partida es el mismo que el del catolicismo, ¿por qué se separa de la Iglesia? Porque, dicen los protestantes, la Iglesia romana había corrompido la fe para aumentar su dominación. El cristianismo, según ellos, es esencialmente una relación entre el hombre y Dios, por intermedio de Jesucristo; el catolicismo lo ha convertido en una ley, y confundiendo á Jesucristo con la Iglesia, ha considerado al sacerdocio como el intermediario necesario entre el hombre y Dios. Por consiguiente, la religión se ha convertido en un sistema de reglas legales. El sacerdocio prescribe á los fieles lo que deben creer; el que se separa de estos mandamientos, sale fuera de la Iglesia, y fuera de la

Iglesia no hay salvacion. El sacerdocio prescribe tambien á los fieles lo que deben hacer; solamente practicando estas obras alcanzan la vida eterna. En definitiva, los discipulos de Cristo están encadenados por observancias tan estrictas como las que sujetaban á los sectarios de Moises; la Ley Antigua reaparece en el Evangelio (1).

La crítica que los protestantes hacen del catolicismo, tiene fundamento; pero no tienen presentes las circunstancias históricas que dan explicacion del carácter legal que tomó el cristianismo despues de la invasion de los Bárbaros. El cristianismo estaba llamado á hacer la educacion de los germanos. Ahora bien, ¿es posible educar á los pueblos sin dominarlos? El maestro somete al niño á deberes de que éste no tiene conciencia. Del mismo modo el cristianismo ha debido imponer observancias y leyes á los bárbaros. Jesucristo reemplazó con la caridad los mandamientos y las amenazas de la ley antigua; pero aquella religion interior no hubiera ejercido influencia sobre el espíritu rudo de los germanos; necesitaban éstos una regla y una Iglesia que velase por su cumplimiento. He aquí el carácter del catolicismo en la Edad Media: la religion es la obediencia pasiva á los preceptos de una autoridad que dice ser órgano de Dios.

La Iglesia ha desempeñado su mision; los protestantes mismos le agradecen la dura disciplina á que sometió á las razas bárbaras. Pero habiendo llegado á ser un poder, la Iglesia ambicionó todo el poder; quiso perpetuar la autoridad que solamente circunstancias pasajeras le habian dado. Para esto trató de inmovilizar las observancias que constituian toda la religion, confundiendo la tradicion que les habia dado origen con la palabra de Dios. Como guardadora de las leyes divinas, participaba del carácter sagrado de las reglas de que era depositaria; su imperio parecia inmutable como Dios, de quien decia ser intérprete. Pero habia un vicio en el fundamento mismo de su dominacion: el cristianismo estaba alterado en su esencia. La Iglesia usó y abusó de la religion; el sistema penitenciario degeneró en una operacion financiera; las obras consideradas como medio de salvacion, borraron todo sen-

(1) ULLMANN, *Reformatoren vor der Reformation*, t. I, p. 93; t. II, p. 686.

timiento de piedad. La religion no consistia ya en el siglo XV más que en prácticas supersticiosas; la teoría servía para justificar el hecho, y la Iglesia explotaba el hecho y la teoría en provecho de su ambicion y de su codicia.

La decadencia del cristianismo provocó la reforma. El protestantismo fué una reaccion del espíritu evangélico contra las tendencias de la ley antigua que se habian reproducido en el catolicismo. Mientras la religion de la Edad Media hacia consistir la piedad en las prácticas exteriores, los protestantes lo concentraban todo en la fe de Jesucristo. Hasta la Iglesia cambió de naturaleza; el sacerdote no fué ya el intermediario necesario entre el creyente y Dios, puesto que Cristo es el único mediador. El sacerdocio no tuvo ya que prescribir reglas ni dar la salvacion, puesto que todo se realizaba en el interior del hombre, y por el sacrificio omnipotente del Hijo de Dios. Al destruir el poder de la Iglesia, la reforma emancipa al cristiano de todo poder humano; en este sentido es una doctrina de libertad. Pero no nos dejemos ilusionar por la palabra libertad; los reformadores no querian dar al hombre la libertad tal como hoy la entendemos. El catolicismo sometió á los fieles á una autoridad exterior; el laico dependia del sacerdote, y la cristiandad entera del Papa. Los reformadores rechazan todo intermediario entre el hombre y Dios; el cristiano es, pues, libre respecto de los hombres en cuanto á su fe, pero no lo es respecto de Dios; por el contrario, es independiente de toda autoridad humana, porque depende absolutamente de Dios.

De manera que la libertad cristiana es una sumision completa á Dios; de aquí el dogma fundamental de la Reforma de que la salvacion depende de la fe de Jesucristo. Nunca se siente el hombre más débil, más impotente, que cuando está delante de Dios: es la imperfeccion en presencia de la perfeccion. Si á este sentimiento se añade la conciencia que el cristiano tiene de su caída, de la corrupcion de su naturaleza, consecuencia del pecado original, se formará idea del abatimiento, de la desesperacion que se apodera del fiel, abrumado con el peso de su falta. No puede encontrar en sí mismo esperanzas de salvacion, porque él no es más que pecado y corrupcion. Pero hay en Jesucristo un mérito infinito; para comunicárnoslo ha tomado forma de esclavo el Hijo de

Dios; podemos hacerlo nuestro por medio de la fe. En definitiva, en la salvacion del hombre nada proviene de él, todo procede de Dios; el sacrificio de Jesucristo es una gracia; la fe misma es una gracia, hasta la perseverancia en la fe es una gracia.

Tal es la doctrina de la justificacion por medio de la fe. No hay nada nuevo en este dogma; es tan antiguo como San Pablo, y San Agustin ha desarrollado todas sus consecuencias muchos siglos antes que Lutero y Calvino. Pero la creencia severa de la gracia se habia modificado insensiblemente durante la Edad Media. Tomada en todo su rigor, altera el principio de la libertad hasta el punto de degenerar en fatalismo. La libertad reobró contra la gracia y conquistó un lugar en el sistema teológico del catolicismo. Pero sosteniendo la doctrina del mérito del hombre, la Iglesia disminuía la importancia de la gracia y del sacrificio de Jesucristo; abría la puerta al pelagianismo, y comprometía la existencia del cristianismo histórico. La Reforma resucitó las ideas de San Pablo y de San Agustin.

El dogma de la justificacion era considerado en el siglo XVI como el fundamento teológico de la Reforma; sin embargo, las creencias en que se funda son rechazadas hoy por los protestantes. No dicen ya con Lutero que la libertad es una palabra vacía de sentido; no creen ya con Calvino en el poder absoluto de Dios, que predestina á unos á la salvacion y á otros á ser condenados. Esto quiere decir que la justificacion no era tanto un principio como un arma de guerra. Era un modo excelente de reanimar el sentimiento religioso, porque, cuanto menos se concede al mérito del hombre, más necesaria es la fe. Además, haciendo depender de Dios la salvacion, los reformadores arruinaban la dominacion de la Iglesia, porque la Iglesia dominaba á los fieles por su intervencion en las obras meritorias, condicion necesaria para la salvacion. Por el hecho de disponer del cielo, disponia tambien de la tierra. La Reforma le quitó las llaves del cielo y se las devolvió á Jesucristo.

Sea cual fuere la importancia del dogma de la justificacion, sería un error ver en él la esencia de la Reforma; no es en ella más que un elemento transitorio. Todas las revoluciones tienen un arma de guerra. Mientras dura el combate, el arma se confunde fá-

cilmente con el fin providencial que se proponen, muchas veces sin saberlo. Pero no tardan en desarrollarse los gérmenes de porvenir depositados en estas grandes tormentas de los pueblos; entónces lo que parecia ser el fin se presenta simplemente como un medio, y resulta que el verdadero fin, tal como la historia lo descubre, está á veces en oposicion con las miras de los autores de la revolucion. Esto sucedió con la Reforma. Los protestantes han abandonado la doctrina de San Agustin sobre la gracia, porque su falsedad se hizo patente, cuando Calvino la enseñó en todo su rigor y en todas sus consecuencias. Si fuese cierto, como decia Lutero, que toda la reforma estuviese contenida en el dogma de la justificacion, sería preciso decir que la Reforma no tiene ya razon de ser, porque católicos y protestantes difieren muy poco en sus opiniones respecto de la fe y de las obras. Pero la verdadera mision de la Reforma no era resucitar los dogmas profesados por San Pablo y San Agustin, su mision era dar un paso fuera del cristianismo histórico. Lutero y Calvino se hubieran considerado calumniados si se les hubiera dicho que su Reforma tendia á fundar una religion más perfecta que el cristianismo; sin embargo, la Historia manifiesta que este ha sido el último resultado del protestantismo.

Los enemigos del protestantismo, con esa penetracion que da el odio, le predijeron que no se detendria hasta caer en el deísmo, es decir, en la negacion de Cristo como hijo de Dios, y en el abandono de la revelacion milagrosa de la religion cristiana. Los hechos han confirmado estas predicciones. El racionalismo, consecuencia filosófica de la Reforma, rechaza todos los dogmas sobrenaturales del cristianismo, y por consiguiente todo el cristianismo, en cuanto procede del Hijo de Dios. Desde el origen del protestantismo, una de sus innumerables sectas manifestó estas tendencias. La marcha lógica de las cosas ha llevado á todas las sectas al socinianismo, por mejor decir, el socinianismo se ha quedado atras. Los *Amigos protestantes* en Alemania, los *Unitarios* en los Estados-Unidos, no tienen de cristiano más que el nombre; forman la transicion entre una religion antigua y una religion nueva. Abandonando la doctrina religiosa que le servia de arma en el siglo XVI, la Reforma se lanza atrevidamente hácia el porve-

nir, apoyándose en la razón, esa revelación permanente de Dios en la humanidad.

N.º 2. — *Elemento social y político de la Reforma.*

La Reforma es una revolución esencialmente religiosa; sin embargo, ha tenido consecuencias sociales cuya importancia no es menor que los resultados del movimiento teológico. Esto no es una de esas contradicciones que tanto se han echado en cara á los reformadores. Toda religión contiene un germen, una concepción política; poco importa que los reveladores tengan ó no conciencia de ello; aún cuando rechacen todo pensamiento terrestre, como Jesucristo, la religión que fundan no deja de influir por eso en el destino de los pueblos. Esto es tan cierto que las revoluciones que agitan á nuestro siglo no son otra cosa que tentativas para realizar en el orden civil los dogmas de la igualdad y de la libertad cristianas. También la reforma, aún cuando los reformadores se preocupasen principalmente de la fe, estaba llamada á modificar la sociedad, puede decirse más, y es que hasta en su principio era una revolución tan política como religiosa. El catolicismo se había convertido en una institución política; la misión de la Reforma era luchar contra la religión de la Edad Media; tenía que venir á parar por consiguiente á una revolución social.

«Parece, dice *Erasmus*, que la Reforma se reduce á algunos frailes que cuelgan sus hábitos y algunos sacerdotes que se casan; esta gran tragedia termina con un acontecimiento cómico, pues todo acaba en un casamiento como en las comedias» (1). El ingenioso escritor no advertía que al querer hacer la sátira de la Reforma hacía su apología. El catolicismo, exagerando el espiritualismo cristiano, vino á parar al monacato, el cual debía realizar la perfección evangélica. Lutero, al tomar una mujer, inaugura un nuevo orden social. La naturaleza, tal como Dios la ha hecho, recobra sus derechos. El matrimonio es santo, más santo que el celibato, porque es el cumplimiento de una ley divina. La

(1) ERASMI *Epist.* XIX, 41.

vida civil también es santa, porque Dios ha creado á los hombres para que vivan en sociedad, y no para que abandonen el mundo, haciendo de su vida una muerte. El destino del hombre en esta tierra no es destruir su individualidad y matar sus facultades, sino desarrollarlas realizando la misión que Dios le ha confiado. El trabajo, en su más lata acepción, es por consiguiente santo, mucho más santo que una ociosa contemplación ó una pobreza voluntaria. La abdicación de la voluntad individual, que convierte un ser vivo en un cadáver, viola los designios de Dios; el hombre no debe obedecer al hombre sino á la ley, realización humana de la voluntad divina.

El concepto que el catolicismo se formaba de la vida encerraba la consecuencia de subordinar la vida civil á la vida religiosa; los laicos á los clérigos; el Estado á la Iglesia. Solamente los clérigos, elegidos de Dios, realizaban el ideal de la vida cristiana; apoyándose en su superioridad, pretendieron formar un poder espiritual; la Iglesia, depositaria de este poder, dominaba al Estado, representante de la vida civil, por la misma razón que el alma domina al cuerpo. La Reforma quitó á la Iglesia la base de su dominación, poniendo fin al dualismo de vida en que se fundaba. Ya no hay vida espiritual opuesta á la vida temporal; la vida es una y toda vida es santa; ya no hay superioridad del sacerdote sobre el laico; todo hombre es sacerdote; ya no hay poder espiritual; ya no hay Iglesia; cada nación es soberana, y la soberanía se ejerce lo mismo sobre las cosas espirituales que sobre las cosas temporales; el sacerdocio no está ya sobre ni fuera del Estado, está en el Estado.

En el terreno social y político la Reforma no es un regreso á lo pasado; marcha atrevidamente hácia el porvenir. La Edad Media fué una larga lucha para fundar la dominación universal de la Iglesia. La Iglesia debía sucumbir, porque sus pretensiones violaban las leyes de la creación. La creación es á la vez una y vária: el hombre es uno con sus semejantes, por el vínculo que nos une á todos con Dios, y es individual, como ser distinto de las demás criaturas. La humanidad es una por el fin que le está asignado, y particular por el genio individual de las diversas naciones. La unidad no puede realizarse mediante el sacrificio de lo particular é

individual; esto sería destruir al hombre y á la humanidad en su esencia. La Reforma rompió la falsa unidad del catolicismo; debemos darle gracias por haber hecho imposible la monarquía universal, tanto bajo la forma religiosa cuanto bajo la forma política. Para alcanzar este fin ha exagerado á veces el principio de la soberanía individual y de la soberanía nacional. Pero no se debe considerar la revolucion religiosa del siglo XVI como el estado definitivo de la humanidad; no es más que un paso en la marcha del género humano, un paso más bien que un establecimiento, la transición del catolicismo á la religion futura. La religion del porvenir conciliará la libertad del individuo con la autoridad de la sociedad; la independencia de las naciones con la unidad de la humanidad; será á la vez protestante y católica.

§ II.—Gérmenes de la Reforma en la Edad Media.

a N.º 1.—*Los testigos de la verdad.*

La Reforma es una revolucion; ahora bien, toda revolucion es la expresion violenta de ideas, de sentimientos, de necesidades que han germinado mucho tiempo en el seno de un pueblo ó de la humanidad, á los cuales se han opuesto diques y represion; pero cuando las ideas son verdaderas y las necesidades legítimas, la resistencia, léjos de contenerlas, les da nueva fuerza. Toda revolucion tiene, pues, sus raíces en lo pasado. Así, esa inmensa revolucion que se llama el cristianismo, ha sido preparada por la antigüedad entera; filósofos y profetas, políticos y conquistadores, todos han traído una piedra para establecer los cimientos del edificio destinado á abrigar al género humano durante siglos. Así, la revolucion igualmente importante á que asistimos como actores y como testigos, ha tenido sus precursores hasta en la noche de la Edad Media; los primeros siervos que pronunciaron las palabras *libertad é igualdad* inauguraron el movimiento de 1789; un trabajo secular maduró las ideas; entónces la Asamblea Constituyente no tuvo más que formular deseos, redactar principios, organizar instituciones, que existian ya en la conciencia general.

Tal es la ley de las revoluciones; tienen que prepararse lentamente; solamente así maduran. ¿Se concibe que brote poderosa vegetacion donde no se han arrojado semillas á la tierra, donde el suelo no es apropiado para los árboles que ha de sostener? Pues tan imposible sería una revolucion que no tuviese sus raíces en lo pasado. Sin embargo, si se cree á los católicos, la Reforma ha nacido sin padres; niegan que ántes del siglo XVI haya habido deseos de revolucion religiosa. «La filosofía de la Edad Media, dicen, era esencialmente cristiana y católica; la literatura en sus grandes representantes era cristiana; el Renacimiento mismo, á pesar de su predileccion por la antigüedad pagana, no habia abandonado el catolicismo; en cuanto á la reforma de la Iglesia reclamada por los concilios del siglo XV, no versaba más que sobre los abusos y no sobre los fundamentos de la fe; podia, pues, y debia llevarse á cabo sin revolucion, por los medios legales» (1). En este orden de ideas, la Reforma data del siglo XVI; un fraile es quien la ha provocado. La reforma es, pues, una innovacion; su acta de nacimiento es su condenacion, porque todo lo que es nuevo en la Iglesia es por lo mismo falso. Esto es lo que Bossuet dice sin cesar á los protestantes; y bajo el punto de vista cristiano, su argumentacion sería irresistible, si fuera tan fundada como lo creia el ilustre autor de las *Variaciones*.

Los protestantes aceptaban el cristianismo histórico; su pretension era restablecerlo en su pureza primitiva. Si rechazaban á la Iglesia y á las instituciones nacidas en la Edad Media, podian sin temor apelar á la historia y decir á la Iglesia que los acusaba de innovadores, que tambien ella era culpable de este crimen, si es que en esto lo hay. Pero la ciencia histórica acababa de nacer en el siglo XVI, y ademas los protestantes mismos estaban imbuidos en la preocupacion católica contra las novedades en la Iglesia; creian como ellos en una verdad inmutable, y no querian de ninguna manera pasar por innovadores. De aquí los esfuerzos que hicieron para crearse una tradicion; de aquí las obras sobre *los testigos de la verdad*: «La Iglesia, dice Flacio Illyrico, ha profesado nuestras opiniones durante tres siglos; ignoraba los errores, los

(1) MOEHLER, en la *Theologische Quartalschrift*, 1831, p. 539-633.

abusos de la tiranía del pontificado; cuando se difundieron los gérmenes de estas abominaciones, los principales doctores les opusieron resistencia; áun cuando floreció el Antecristo de Roma, hubo siempre *testigos de la verdad* que, no solamente se negaron á doblar las rodillas ante el ídolo, sino que lo combatieron con sus palabras, sus escritos y su sangre» (1). Cuando se examinan los *testimonios de la verdad* recogidos por los protestantes, es fácil ver que se hallan colocados en mal terreno. Para probar que la Reforma no es una innovacion, tratan de demostrar que es tan antigua como el cristianismo; pero esta prueba es imposible, y costó poco trabajo á Bossuet echarla por tierra: «Hasta el advenimiento de las herejías del siglo XI, dice, no se encuentran más que opiniones unánimes en favor de la fe católica. Si hay algunos hombres aislados que sostienen tal ó cual error, son condenados como herejes. ¿Cómo pretender que un *Vigilancio* haya conservado el depósito, es decir, la sucesion de la doctrina apostólica de preferencia á San Jerónimo, que tiene á su lado á toda la Iglesia? Para encontrar predecesores á la Reforma, hay que descender hasta los Valdenses y los Albigenses, pero como éstos no presentan á nadie delante de sí, son culpables del mismo crimen de innovacion de que se acusa á los protestantes; éstos no son *testigos*, sino *cómplices*» (2).

En apariencia Bossuet triunfa, pero triunfa gracias á las preocupaciones cristianas de sus adversarios. No, la reforma no es tan antigua como el cristianismo; es una innovacion. En este terreno Bossuet es invencible; pero no preveía que habia de venir un día en que, léjos de ser condenada por ser una novedad, la Reforma habia de ser aplaudida precisamente porque es una revolucion. Sí, Lutero y Calvino son revolucionarios, y ésta es su grandeza; también Jesucristo fué un revolucionario y áun el mayor de todos. La innovacion es legítima, cuando satisface una necesidad legítima; tal fué el cristianismo, tal fué la Reforma. Bossuet, que desde su punto de vista católico condena á los reformadores y á sus antecesores, no pensaba que el crimen de que acusaba á los protestantes era el crimen de la humanidad, el crimen de Dios; el

(1) *Catalogus Testium veritatis*. Prólogo.

(2) BOSSUET, *Historia de las Variaciones*, libro XI.

culpable, pues, es él, ó más bien la Iglesia, en cuyo nombre habla, porque sus pretensiones de poseer la verdad inmutable están en oposicion con la ley que Dios ha dado á los hombres. La humanidad está en revolucion permanente; la innovacion es una condicion de su existencia; el día en que fuera inmutable, pereceria. El catolicismo, á despecho de su pretendida inmutabilidad, no ha eludido una ley que no admite excepcion; el dogma católico, lo mismo que las instituciones católicas, se ha desarrollado progresivamente, y se ha modificado en el trascurso de los siglos. Esta es la respuesta que da el siglo XIX al autor de las *Variaciones*; no presenta tal ó cual *testigo de la verdad*; la Historia entera es *testigo*, y este testigo nadie puede recusarlo, porque la Historia es la manifestacion de los designios de Dios.

Es verdad que la Historia es un libro que cada cual interpreta á su manera, segun sus pasiones, sus intereses ó sus preocupaciones. Pero con el tiempo las pasiones se calman, los intereses se callan, y las preocupaciones son sustituidas por una apreciacion más exacta de la verdad. El siglo en que vivimos ha sido tan fecundo en revoluciones, que la palabra innovacion que tanto asustaba á Bossuet, ha pasado á nuestras ideas y opiniones habituales; más peligro tenemos de dar en otro escollo que es el de aplaudir las revoluciones solamente porque son innovaciones, ó el de juzgar mal el pasado por nuestra aficion á las novedades. Un estudio un poco serio de la Historia preserva de este peligro. Siendo la vida de la humanidad lo mismo que la del individuo, una revolucion incesante, no hay, por decirlo así, revolucion, en el sentido de que no hay innovacion absoluta sin raíces en lo pasado. Podemos, pues, decir con los protestantes que la reforma ha tenido sus *testigos*. Como la reforma estalla al principio de la era moderna, esto supone que la Edad Media contenia los gérmenes de la revolucion religiosa del siglo XVI. Los católicos dicen que esta suposicion es una quimera; la Edad Media era una época de fe; ahora bien, ¿puede admitirse que generaciones sometidas á la Iglesia como el hijo á su madre, hayan pensado en una separacion, ni áun hayan concebido siquiera una sombra de duda acerca de la legitimidad de una autoridad no controvertida por nadie? Si escuchamos á los enemigos de la Iglesia, á los detractores de lo pa-

sado, ¿parece la misma imposibilidad de que la Edad Media haya preparado la Reforma. La Reforma es un movimiento de emancipación, de libertad, de heroísmo; ahora bien, ¿cómo se comprende que se vaya á buscar el principio de la vida en una época de muerte intelectual y moral?

Estas dos apreciaciones de la Edad Media son igualmente falsas. El ideal que los católicos se forjan de lo pasado, no existe más que en su imaginación ó en sus deseos; basta restablecer la realidad de los hechos para disipar el sueño de una edad de creencia sin dudas, y de una sumisión sin exámen. La lucha es inseparable de la vida; la vida ha sido poderosa en la Edad Media, y por tanto la lucha no ha cesado un solo día. En medio de aquellos combates se distinguen claramente las señales precursoras de la Reforma; en su audacia los libres pensadores de la Edad Media han excedido á los mismos reformadores; aún en el siglo XIX podemos saludarlos como los precursores de la filosofía y de la religión del porvenir. Esto quiere decir que los sistemas históricos que desprecian lo pasado son tan falsos como las apologías que lo ensalzan. Sin embargo, un escritor eminente se ha convertido hace poco en órgano de estas antipatías. Cosa singular, un ardiente admirador de la Edad Media, cambiando súbitamente de opinión, ha empleado en rebajarla el mismo ardor que había empleado en poetizarla: «Desde el siglo XII al siglo XV, dice Mr. Michelet, tiene lugar un movimiento retrógado en la religión, en la literatura, el desfallecimiento de los caracteres y de las fuerzas vivas del alma. El espíritu humano sufre en este período la operación que Orígenes llevó á cabo en su persona. La revolución del siglo XVI encontró una muerte increíble, la nada; nacida de la nada, fué un rasgo heroico de una voluntad inmensa.» ¿Qué es la reforma en este orden de ideas? ¿Cómo «en aquel gran desierto en que todos agonizan» se encontró todavía un hombre? Mr. Michelet responde que este es un milagro que no comprende (1).

No hay milagro en el desarrollo de la humanidad, todo se encadena como la causa con el efecto; porque desconozcamos las causas no hemos de considerarlas como prodigiosas, como los

(1) MICHELET, *El Renacimiento*, Introducción, p. 9 y sig.

pueblos en su infancia, sino que debemos más bien lamentarnos de la debilidad de nuestra razón, ó lo que es más probable, de la ceguedad de nuestras preocupaciones. El sombrío cuadro que hoy traza Mr. Michelet de la Edad Media es tan fantástico como el cuadro poético que ántes trazaba, y además es injusto. La religión está en decadencia desde el siglo XII al XV, dice el historiador frances. ¿Serán, pues, los buenos tiempos de la religión los siglos X y XI, época de disolución y de anarquía, en que la Iglesia y la religión estuvieron á punto de perecer? La literatura está en su decrepitud, continúa Mr. Michelet: «la imbecilidad del pobre *Fredegario* parece renacer en tales monumentos del siglo XV.» Pues qué, ¿los *Froissart* y los *Commines* son *Fredegario*? ¿La *Imitación de Cristo* es una obra de estupidez? El *Infierno* del *Dante* es una rapsodia? Mr. Michelet dice que los hombres habían degenerado hasta el punto de dejar de ser hombres. ¿Cómo no ha notado el ingenioso escritor que venía á parar á un absurdo? El siglo XVI es un héroe, y este héroe con su salvaje energía, ¿ha tenido por padres y abuelos hombres que no eran siquiera hombre?

No queremos detenernos más á combatir un autor que nos es simpático; comprendemos los bruscos cambios de un escritor que es tan poeta como historiador; el triste espectáculo que ofrece el presente nos explica el disgusto que debe inspirar á un hombre de porvenir un pasado que ciertos espíritus ciegos quisieran restaurar. Pero tengamos más confianza en nuestras ideas; la humanidad no retrocederá hácia la Edad Media. Insultar lo pasado es una señal de debilidad á la vez que de injusticia. Somos bastante fuertes para no tener que temer el más serio estudio del catolicismo; cuanto más se le conozca, más grande será el abismo que lo separe de las sociedades modernas. Entremos, pues, con resolución en el estudio de los hechos, y hagamos á los muertos la justicia que les corresponde.

La Reforma es una revolución intelectual; ha tenido que obrar sobre las inteligencias para establecerse y consolidarse. Ahora bien, ¿cómo había de conmover las almas, si no hubiera encontrado eco alguno en la conciencia general? Si la reforma ha sido acogida con tanto entusiasmo, es porque los espíritus estaban preparados y la esperaban. Esto es tan cierto que los reformado-